

PREFACIO

DIDEROT O LA POLITICA EXPERIMENTAL

Por JACQUES PROUST

El pensamiento político de Diderot, considerado en sí mismo, no es de los más originales. No ha dejado, como el de Montesquieu o Rousseau, huellas decisivas en la mentalidad o las instituciones de su tiempo. Los artículos de la *Enciclopedia*, las contribuciones a la *Historia de las dos Indias*, los textos escritos para Catalina II, el *Ensayo sobre los reinos de Claudio y Nerón* parecen además hechos de piezas y fragmentos tomados de los antiguos y modernos teóricos del Derecho natural o plagiados de los fisiócratas. No carecen de contradicciones. Todo esto impide componer con ellos, incluso *a posteriori*, el equivalente a *El espíritu de las leyes* o al *Contrato social*. No hay que sorprenderse: Diderot detestaba sistematizar, en este terreno como en otros.

Si del análisis de los escritos de Diderot no se puede extraer una teoría política, es posible, sin embargo, extraer una auténtica filosofía de los presupuestos de su práctica, el equivalente en política a lo que él, en la *Interpretación de la naturaleza*, denomina una «filosofía experimental».

La filosofía política de Diderot se formó en primer lugar en y para la *Enciclopedia*, de 1748 a 1765. No me refiero aquí (ya lo he hecho en otras ocasiones) al camino intelectual recorrido desde el artículo *Autoridad política* de 1751 a las *Reflexiones sobre una obra publicada con motivo de la renuncia voluntaria de Rousseau a su derecho de ciudadano de Ginebra* (1764), pasando por la *Apología del abbé de Prades* (1752), el artículo *Derecho natural* (1755) y la crítica de *El Espíritu* de Helvetius (1759). Entiendo la creación de un auténtico partido enciclopédico, a la vez próximo y, sin embargo, muy alejado de nuestros partidos modernos. Compuesto por los casi doscientos colaboradores del diccionario y por los cuatro mil suscriptores de la primera edición, este partido tuvo en común con los nuestros el proyecto de promover y expresar lo que denominamos la opi-

nión pública. Funcionó incluso como un grupo de presión cuando fue lo bastante poderoso como para empujar las puertas de la Academia francesa y para hacer entrar a algunos de los suyos en los círculos de la administración y el gobierno. El partido enciclopédico se diferenciará, sin embargo, de los nuestros en el sentido de que no tenía necesidad de aparato y menos aún de líder. Diderot no presenta nunca las ideas de un demócrata, pero hizo algo mejor, edificando con sus colaboradores y sus lectores el modelo de una verdadera república. Fue una república utópica sin duda, puesto que era incapaz de crear una alternativa real, incluso a medio plazo, a la situación existente. Pero al contrario que las utopías folletinescas por las que el siglo se apasionó, tenía el mérito de la verosimilitud. En ella la autoridad no dependía ni de los títulos ni del rango, sino de la capacidad, y la del artesano era tan estimada como la del sabio o el jurista. Era una sociedad sin clases ni estamentos, unida por la única preocupación de lo que Diderot llamaba la «utilidad común», el perfecto ejemplo de un contrato voluntaria y libremente suscrito por todos y cada uno de los miembros del colectivo. Unida en la lucha contra cualquier forma de tiranía, de dogma y de arbitrio, la república enciclopédica no sugería, pues, la imagen de un ejército, donde las voluntades individuales deben ser reprimidas ante la necesidad de fundirse en una sola para vencer. Los enciclopedistas no eran de los que dejan para más tarde la realización de los objetivos que proclaman. Intentaban, por el contrario, practicar incluso en la *Enciclopedia* la libre confrontación de opiniones y la libre difusión de información que son esenciales en toda vida democrática.

Terminada la *Enciclopedia* (prácticamente lo estuvo cuando se distribuyeron los diez últimos volúmenes de los textos, en 1766), Diderot naturalmente no abandonó la lucha política. Pero dejó al propio diccionario seguir su destino, a capricho de las imitaciones y reediciones que muy pronto multiplicaron sus ejemplares por toda Europa, y permitieron al partido enciclopédico convertirse de algún modo en el de toda la élite intelectual europea, como han demostrado los magníficos trabajos de Robert Darnton.

La segunda experiencia política de Diderot pasa, paradójicamente, por los *Salones* y por los *Cuentos*. Comprende desde 1767 hasta el momento del viaje a Rusia (1773-1774) e incluso más allá. Es la época de la que menos se ha hablado hasta ahora, porque se ha comprendido mal su originalidad y su alcance. ¿Qué hay de común, en efecto, entre un tratado de crítica de arte como el *Salón de 1767* y un cuento como *Los dos amigos de Bourbonne* o *Mme. de La Carlière*? Se descubren reflexiones dispersas, desarrollos más o menos digresivos que demuestran que el autor no ha abandonado la preocupación política al pasar del sillón del estado mayor enciclopédico

en la imprenta de Le Breton, *rue Saint-Jacques*, al ático de la *rue Taranne* que se había convertido en su laboratorio literario. Pero estas piezas dispersas, ¿no son tan sólo los fragmentos de una estatua rota? Así se ha pensado. Sin embargo, la impresión que uno puede hacerse cambia si se considera el hecho, ahora bien demostrado, de que los *Salones* y la mayoría de los *Cuentos* han sido escritos para Grimm y Meister y destinados a su publicación en la *Correspondencia literaria*. La *Correspondencia* iba dirigida a un reducido número de príncipes abonados, todos ellos ejerciendo el poder en algún país de Europa y, cualesquiera que fuesen además las intenciones particulares de Grimm o de Meister, es evidente que el antiguo director de la *Enciclopedia* debía encontrar aquí la ocasión y la oportunidad para una experiencia distinta. El colaborador privilegiado de Grimm ya no es el «creador» de una república ideal. Ahora es mentor de príncipes, y también de sus consejeros y familiares. El sabe, en efecto, que en Gotha, en Estocolmo, en Petersburgo, el ejemplar del príncipe circula entre sus cortesanos. Se editan copias que circulan en su entorno. Sabe también Diderot que los lectores de la *Correspondencia literaria* han leído o puede que lean la *Enciclopedia*. No se trata, pues, de repetir hasta la saciedad que la soberanía tiene su fundamento en la nación, o que la ley debe imponerse tanto a los príncipes como al último de sus súbditos. Habría que retomar, desde una perspectiva claramente política, el conjunto de *Salones* y de *Cuentos* (incluyendo «Jacques el Fatalista» que apareció también en la *Correspondencia literaria* y «El sobrino de Rameau» que no apareció, pero que, según Henri Coulet, parece ser contemporáneo de los *Cuentos*) para ver cómo una concepción no sistemática y no dogmática de la verdad —particularmente en el terreno moral— y una voluntad de problematizar cualquier asunto mediante el multiforme recurso al dialogismo, implican de forma indirecta, pero inevitable, la crítica de toda autoridad, de toda relación basada en una jerarquía de poderes. El lector se acostumbra a ser interpelado en los *Cuentos* y requerido a decidir por sí mismo de qué manera un determinado caso puede ser resuelto según los parámetros en que se sitúa; ve renunciar al propio narrador al privilegio considerado natural de la *autoridad*, para rebajarse al mismo rango que sus personajes e intercambiar su papel con el de sus interlocutores. ¿Cómo podría al fin entender igual que antes su propia relación con la realidad y con los demás? ¿Cómo podría aún concebir su autoridad de forma tradicional? Debe comportarse como el lector de la *Correspondencia literaria*, tan príncipe él, como el señor de Jacques que, al final, se inclina ante la «orden» de la anfitriona y deja los asuntos a su criado aunque él ostente el título.

Sin embargo, quedaba por comprobar si la lección de los *Salones* y de

los *Cuentos*, reiterando la de la *Enciclopedia*, producía en el espíritu de los destinatarios de Grimm los frutos apetecidos. Esto es lo que Diderot hizo marchando a la corte de Petersburgo, pues todo le llevaba a pensar que constituía el lugar de recepción ideal para el mensaje filosófico. Los recientes trabajos de Georges Dulac y el descubrimiento en Moscú y Leningrado de documentos que no se conocían, deben poner fin a una leyenda acreditada por Robespierre e ilustrada en el siglo XIX por una maliciosa fábula de Sacher-Masoch. Nunca fue Diderot el servil adulator de la autócrata rusa y jamás representó delante suya la pantomima del imitador masoquista. Las entrevistas de Diderot con Catalina II fueron cuidadosamente preparadas y demuestran sólidos conocimientos políticos por ambas partes. Su forma, sin embargo, sorprende. Es fragmentaria, al igual que la parte política de los *Cuentos* y los *Salones*, es dialogada, si bien la voz de Catalina no se escuche casi nunca, a menudo está próxima al cuento o la fábula. Es el signo visible de la continuidad que les une a la serie de textos de la *Correspondencia literaria*. También es la señal de un fracaso. A pesar de los favores con que le colmó y la paciencia con que le escuchó, Catalina no consintió en representar jamás con el filósofo la gran escena del señor y de Jacques. Ella conserva «los asuntos» y el título, o, por decirlo de forma más prosaica, rechazó la lección del filósofo. Jamás se lamentó Diderot, y aparentemente todo transcurrió como si ni él mismo hubiera entendido la lección de Petersburgo. No hizo nada: y aquí, sin embargo, con el tiempo, su concepción experimental de la filosofía política tuvo un resultado extraordinario. Al regreso de Rusia escribió un texto admirable, el *Viaje de Holanda* que, sin decirlo, hacía definitivamente justicia a todos los sueños de despotismo legal o ilustrado que sus contemporáneos y él mismo se habían formado. Fue todavía más audaz al legar paradójicamente sus manuscritos, junto con su biblioteca, a la emperatriz. Probablemente sospechaba que ella se guardaría de hacer públicas las tesis más audaces de su «bibliotecario»; seguramente calculaba, por el contrario, el riesgo de verlos a buen recaudo durante mucho tiempo. Pero tanto con este legado como con la *Enciclopedia* apostaba por el futuro. Tenía la certidumbre de que tarde o temprano las circunstancias abrirían a los hombres el tesoro que confiaba a la persona más idónea o, mejor, a la más digna para guardarlo.

Una vez escrito el *Viaje de Holanda* y tomada la decisión de legar sus manuscritos a Catalina, Diderot pudo lanzarse a una tercera experiencia. La de la *Historia de las dos Indias* del abate Raynal. Colaboró un poco en la edición de 1774, y mucho en la de 1780. Hay que leer la edición, hasta ahora reservada, que Gianluigi Goggi ha hecho de los *Pensées détachées* y de los *Mélanges* (Siena, 1976 y 1977) para apreciar en su justo punto la

importancia de esta contribución. No se trata de una obra política capaz de rivalizar con las que me refería al comienzo ya que no es, como aquéllas, una obra maestra de la «filosofía racional». Por el contrario, se ajusta muy bien al carácter fragmentario de los textos políticos del período precedente, pero el contexto en que estos fragmentos se insertan y la finalidad general de la *Historia* le proporcionan una total novedad. Con la *Historia*, obra colectiva, Raynal le da a Diderot por segunda vez la posibilidad de intervenir en un diálogo con varios interlocutores. En vez de encontrarse solo, o prácticamente solo, frente a algunos de los poderosos del mundo abonados a la *Correspondencia*, el filósofo se convierte en el ciudadano de una república literaria en la que cada cual, al intercambiar libremente sus ideas con los demás, se enriquece de su diferencia de forma natural. Y, sobre todo, su discurso ya no está frenado por consideraciones de conveniencia o de prudencia. Raynal, Diderot y sus colaboradores no sólo se dirigen a los hombres de estado o a los administradores de las colonias, aunque en principio la obra les sea dedicada. Se dirigen también indistintamente a los pueblos, a los ciudadanos de las viejas monarquías o de las jóvenes democracias de Occidente, e igualmente a largo plazo a los esclavos de las Antillas, de Africa del Sur o de Java. Bien puede ser que Diderot en la *Historia* incluya determinado fragmento ya inserto en el *Salón de 1767*, el *Suplemento al viaje de Bougainville*, las *Memorias para Catalina II* o las *Observaciones sobre Nakaz*, como la teoría de los tres códigos (religioso, civil y natural). Ciertamente son las mismas palabras y prácticamente el mismo enunciado, pero por el solo hecho de encontrarse en la *Historia* se cargan de un sentido que jamás habían tenido y que, ya lejana su primera redacción, ni siquiera el propio autor imaginaba su fuerza. Por ello, cualquier estudio de las ideas políticas de Diderot que se base únicamente en su enunciado soslayando el sistema de enunciación en que se produjeron y las circunstancias de esta producción, está condenado al fracaso.

Concluida esta tercera experiencia, le faltaba por extraer la lección del largo camino recorrido. Aún tuvo tiempo Diderot de realizarlo antes de morir en el *Ensayo sobre los reinos de Claudio y de Nerón*, publicado dos años antes de su muerte. Porque el *Ensayo* no es, como a veces se ha creído, la vuelta hacia sí mismo de un filósofo envejecido y lleno de desilusiones, es el testamento filosófico de un auténtico pensador político que tuvo la paciencia y en ocasiones el valor de comprobar empíricamente sus principales hipótesis de trabajo. El *Ensayo* termina de forma singular (aunque sólo en apariencia) con un fragmento sobre las *Cuestiones naturales de Séneca*. Podemos leer algo que merece siempre ser meditado: «Nada más difícil que observar correctamente, nada más difícil que realizar bien una experiencia,

JACQUES PROUST

nada más difícil que extraer consecuencias rigurosas de la experiencia o de la observación; nada más difícil que prevenirse de la seducción sistemática, del prejuicio y de la precipitación.»

(Traducido por A. PARRAS e I. GÓMEZ)